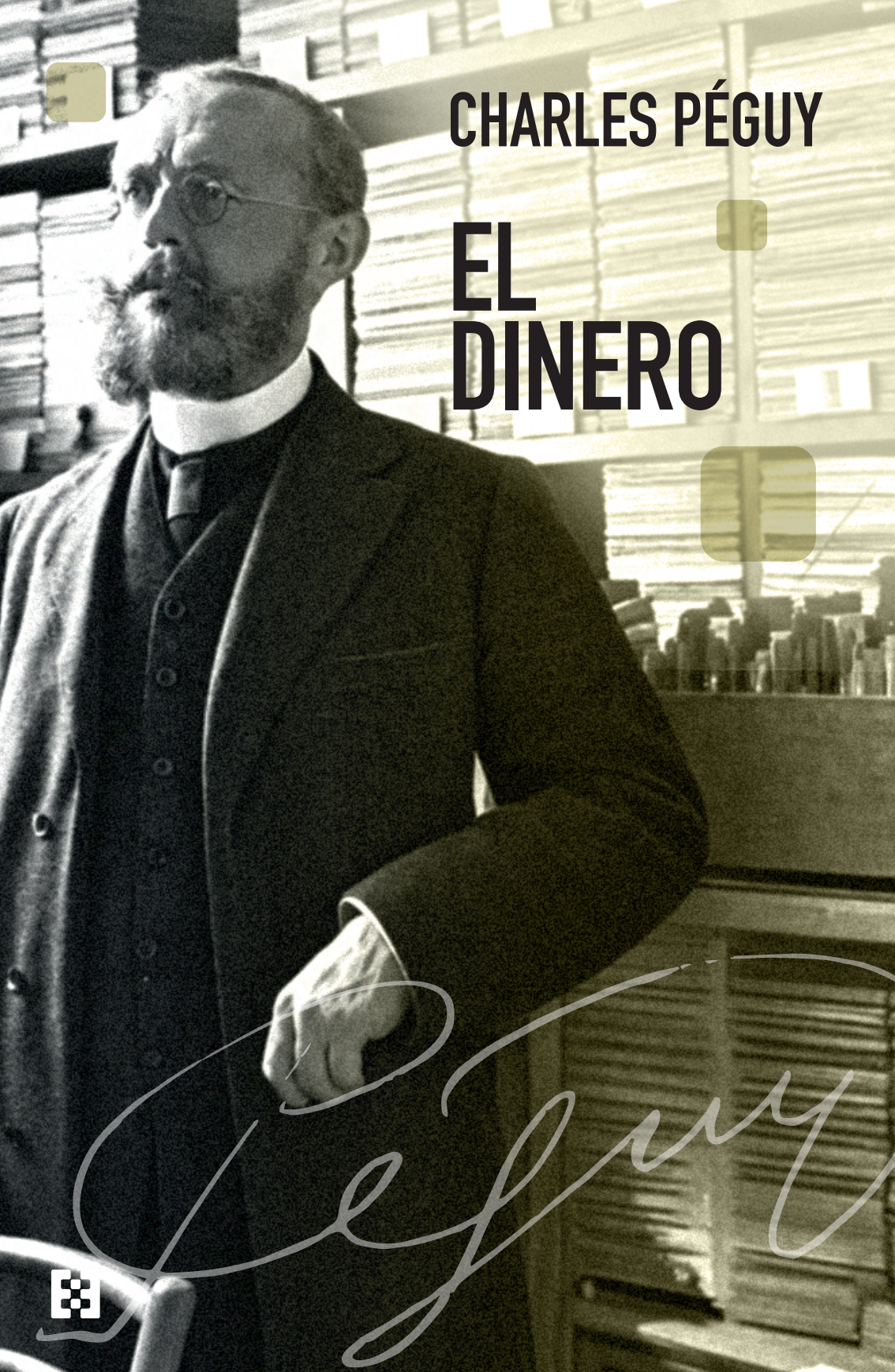


CHARLES PÉGUY

EL DINERO

Péguy

Charles Péguy

El dinero

Traducción e introducción de
José Miguel Ángeles de León

Título original: *L'argent* y *L'argent (suite)*

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026
Traducción e introducción de José Miguel Ángeles de León

La Cátedra de Estudios Culturales Charles Péguy de la Universidad Católica de Valencia es un organismo universitario dedicado a la investigación, difusión y transferencia de la cultura desde una perspectiva crítica e interdisciplinar, inspirada en el pensamiento de Charles Péguy.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 193

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
Impresión: Pulmen-Madrid
ISBN: 978-84-1339-305-6
Depósito Legal: M-24338-2026
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción 7

El dinero y la intrahistoria del pueblo francés 7

La intrahistoria del mundo moderno: memoria, pueblo e historia . 10

Del pueblo al reino del dinero: la transformación espiritual del mundo moderno 12

Cuando los hombres dejaron de cantar... 14

La espera de la gracia en el pórtico del derrumbe 16

Nota del traductor 20

EL DINERO 23

Langlois tal como se le habla 80

EL DINERO (CONTINUACIÓN) 105

INTRODUCCIÓN
EL DINERO Y LA CRISIS ESPIRITUAL DEL MUNDO MODERNO

EL DINERO Y LA INTRAHISTORIA DEL PUEBLO FRANCÉS

El dinero («L'Argent»), publicado originalmente en 1913 como el Cuaderno 6 de la Serie 14 de los *Cahiers de la Quinzaine*, fue concebido como introducción a «Depuis 1880: L'enseignement primaire et ce qu'il devrait être» de Théophile Naudy[1]. Sin embargo, este ensayo trasciende ampliamente tal propósito inicial y constituye una de las reflexiones más profundas en la obra de Péguy sobre la crisis espiritual de la modernidad. Más que un texto sobre la educación, *El dinero* es una meditación moral sobre la degradación interior del hombre moderno, una interpretación histórica de las transformaciones de la Tercera República y una reflexión espiritual sobre la erosión de aquellas fidelidades, vocaciones y formas de vida que, a juicio de Péguy, habían sostenido el alma del pueblo francés. Por ello, este ensayo ocupa un lugar central para comprender tanto el pensamiento peguyano como su crítica al «mundo moderno» y al llamado «partido de los intelectuales».

Así pues, *El dinero* puede leerse como una exploración de las entrañas espirituales de Francia: no de su historia oficial ni de sus

[1] Théophile Naudy, «Depuis 1880: L'enseignement primaire et ce qu'il devrait être» en *Cahiers de la Quinzaine,* Cuaderno 7 de la Serie 14, 1913.

estructuras políticas visibles, sino de aquello que permanece por debajo de ellas. Péguy dirige su atención hacia la textura moral de la vida cotidiana, hacia las disposiciones interiores que modelan la relación de los hombres con el trabajo, el honor, la pobreza, la familia, la escuela y la fe. Por ello, su lectura resulta fecunda a la luz de la noción unamuniana de intrahistoria[2]: aquella vida silenciosa y profunda de los pueblos que sostiene verdaderamente el curso de la historia más allá del estruendo de los grandes acontecimientos.

Desde esta perspectiva debe entenderse también la crítica que Péguy desarrolla, tanto en *El dinero* como en *El dinero (continuación)* («L'Argent suite»)[3], contra los historiadores oficiales de la Tercera República y, particularmente, contra el ambiente universitario de la Sorbona. Su objeción no se dirige contra el rigor histórico como tal, sino contra la pretensión positivista de reducir la realidad histórica a documentos, fechas y métodos, olvidando aquello que verdaderamente constituye la vida de un pueblo: sus piedades, sacrificios, tradiciones y su memoria moral.

Entre los representantes paradigmáticos de esta historiografía aparecen Ernest Lavisse[4] y Charles-Victor Langlois. Lavisse simbolizaba para Péguy la conversión de la historia en instrumento

---

[2] Miguel de Unamuno, «En torno al casticismo» en *Obras Completas*, Tomo III, Ensayo I, Afrodisio Aguado, Madrid, 1958, pp. 184-189.

[3] Charles Péguy, «L'argent suite» en *Cahiers de la Quinzaine*, Cuaderno 9 de la Serie 14, 1913.

[4] Ernest Lavisse (1842-1922) fue uno de los historiadores franceses más influyentes de finales del siglo XIX y comienzos del XX, figura central de la historiografía republicana durante la Tercera República y profesor de historia en la Sorbona. Formado en la tradición historicista alemana e impulsor de una historia rigurosamente documental y científica, desempeñó un papel decisivo en la construcción del relato histórico oficial de la Francia republicana. Fue autor y director de numerosas obras colectivas de gran difusión, entre ellas la monumental *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution* (Hachette, París, 1901-1911) y de los célebres manuales escolares conocidos como Petit Lavisse, utilizados masivamente en la enseñanza primaria francesa. Su proyecto historiográfico buscaba formar ciudadanos republicanos mediante una narrativa nacional centrada en la continuidad histórica de Francia, la consolidación del Estado y los ideales republicanos.

pedagógico del Estado republicano, mientras que Langlois —coautor junto con Seignobos de la *Introduction aux études historiques*[5]— encarnaba el ideal de una historiografía científica incapaz de captar el espesor espiritual de la experiencia histórica.

La polémica adquirió además un carácter personal cuando Langlois, bajo el seudónimo de Pons Daumelas, publicó una reseña particularmente hostil contra la obra de Péguy. Lejos de ignorarla, este respondió incorporando íntegramente aquella crítica y su réplica en el texto «Langlois tel qu'on le parle»[6], también incluido en esta edición. Más que una reacción polémica, este acto buscaba exhibir una determinada forma de ejercer la inteligencia y comprender la cultura que Péguy consideraba síntoma de una enfermedad espiritual más profunda.

Este episodio se convirtió en uno de los detonantes de *El dinero (continuación)*, donde la reflexión sobre el pueblo francés se articula con una crítica más amplia al universo académico e intelectual de su tiempo. Para Péguy, el problema no era el agravio personal, sino la corrupción y el cinismo del «partido intelectual»: un mundo absorbido por la carrera, el prestigio institucional y las lógicas del reconocimiento, donde la inteligencia corría el riesgo de dejar de estar orientada a la verdad para ponerse al servicio del éxito terrenal.

Por ello, la controversia con los historiadores republicanos adquiere un alcance que supera la discusión metodológica. Lo que está en juego son dos formas distintas de comprender la historia y de habitar el tiempo: una historia exterior, documental y objetiva, frente a otra atenta a la memoria moral de los pueblos, a la continuidad entre generaciones y a la dimensión espiritual que sostiene el devenir histórico.

---

[5] Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, *Introduction aux études historiques*, Hachette, París, 1898.

[6] Charles Péguy, «Langlois tel qu'on le parle» en *Cahiers de la Quinzaine*, Cuaderno 6 de la Serie 14, 1913, pp. 68-94.

En este contexto debe entenderse también el estilo mismo de Péguy. Su escritura —fragmentaria, reiterativa y deliberadamente meditativa— no expresa una ausencia de método, sino una decisión metodológica consciente: rechazar la exterioridad del análisis científico para intentar penetrar en el espesor interior de Francia, en ese tejido profundo de recuerdos, adhesiones, héroes, santos y permanencias espirituales que ninguna cronología ni aparato crítico pueden agotar por completo.

LA INTRAHISTORIA DEL MUNDO MODERNO: MEMORIA, PUEBLO E HISTORIA

Para Péguy, Francia no se comprende primariamente a través de sus instituciones o regímenes políticos, sino desde aquellas figuras que encarnan y transmiten la vocación histórica de su pueblo. Por ello, su obra retorna constantemente a los grandes hitos espirituales de la «Francia profunda»: san Luis Rey como imagen de una realeza santificada y cristiana; santa Juana de Arco como expresión del misterio nacional francés y de la fidelidad popular; y Polieucto —el mártir dramatizado por Corneille— como símbolo de una libertad interior irreductible al cálculo mundano. Estas figuras no aparecen como referencias eruditas, sino como acontecimientos espirituales que revelan algo permanente del alma francesa: la apertura a la gracia.

Desde esta perspectiva, *El dinero* y *El dinero (continuación)* constituyen ejercicios profundamente intrahistóricos. Péguy no busca elaborar una teoría económica ni una sociología sistemática de la modernidad, sino captar el espíritu concreto de una época a través de cotidianidades, oficios humildes, formas de hablar, hábitos de trabajo y modos elementales de convivencia. Para él, la decadencia del mundo moderno no se manifiesta en las estructuras políticas o económicas, sino en una transformación silenciosa de la sensibilidad colectiva, por ejemplo: la desaparición del honor obrero o la pérdida de la gratuidad.

En consecuencia, los textos de Péguy intentan rescatar aquello que el mundo moderno tiende a erosionar: fidelidades elementales, memorias populares y pequeños mundos humanos donde aún subsisten formas concretas de pertenencia, oficio y sentido. En la obra peguyana, el pueblo francés no aparece como una abstracción nacional ni como una categoría sociológica, sino como una realidad histórica y espiritual encarnada en maestros, obreros, campesinos, madres y padres de familia, artesanos y hombres comunes que conservan todavía —de modo frágil y amenazado— una cierta «mística» anterior a la degradación burguesa del mundo moderno.

De este modo, la crítica de Péguy al mundo moderno adquiere un alcance que supera lo económico o institucional. Lo que está en juego no es simplemente la expansión del dinero ni el aumento de las desigualdades, sino la penetración de la lógica económica hasta el centro mismo de la experiencia humana: la transformación de las relaciones entre los hombres, de la percepción del tiempo, del sentido del trabajo, de la transmisión entre generaciones y de la posibilidad de una vida común con espesor moral y espiritual.

Por ende, la modernidad aparece en Péguy menos como un cambio de estructuras que como una mutación interior de la sensibilidad colectiva. La tragedia del mundo moderno consiste en que toda realidad comienza a medirse bajo el horizonte exclusivo de la utilidad y el rendimiento: donde antes había oficios aparecen carreras; donde había vocaciones, funcionarios; donde existía honor, prestigio; donde había comunidad, mercados.

Como en la intrahistoria de Unamuno, para Péguy lo fundamental ocurre silenciosamente, en las profundidades del pueblo. La pregunta central de Péguy no es solo qué ocurrió, sino qué permanece: qué hábitos, fidelidades y formas de vida sostienen desde dentro la continuidad espiritual de una comunidad histórica. En ello reside uno de los aspectos más originales y actuales de toda su obra.

DEL PUEBLO AL REINO DEL DINERO: LA TRANSFORMACIÓN ESPIRITUAL DEL MUNDO MODERNO

Para Péguy, el aspecto fundamental del mundo moderno no es el progreso técnico o la secularización, sino la expansión de una racionalidad materialista que termina subordinando todos los ámbitos de la realidad al reino del dinero. Este deja de ser un medio para convertirse en criterio último de juicio. La academia, la política, el socialismo, los sindicatos, la prensa, la administración e incluso la religión aparecen progresivamente absorbidos por una misma lógica de utilidad, especulación y ascenso social. El hombre moderno ya no trabaja, piensa o cree principalmente por fidelidad a una verdad o una vocación, sino cada vez más en función del interés y la rentabilidad. De ahí la afirmación irónica de Péguy: «hoy en día, todo el mundo es burgués».

Sin embargo, el «burgués» no designa aquí una clase social, sino una disposición espiritual: el predominio de la comodidad sobre el riesgo, de la carrera sobre la vocación, de la seguridad sobre la gracia. El burgués es aquel cuya vida queda completamente integrada dentro de una racionalidad económica que neutraliza el heroísmo, la gratuidad, el sentido del honor y, en último término, la gracia. El mundo moderno aparece, así, como una progresiva domesticación espiritual del hombre y de la gracia.

Esta transformación es grave porque alcanza incluso a aquellas realidades nacidas de una vocación originaria. Instituciones como la República, los partidos, la escuela, la universidad o el cristianismo mismo terminan convirtiéndose en estructuras administradas por intereses temporales y lógicas de conservación. De ahí uno de los lugares comunes de Péguy formulado en *Nuestra juventud*: «todo comienza en mística y termina en política»[7]. No se trata de

[7] Charles Péguy, *Nuestra juventud*, Nuevo Inicio, Granada, 2017, p. 30.

rechazar la política, sino de advertir el riesgo de olvidar el impulso espiritual que le da origen.

De ahí que *El dinero* adquiera el tono de una elegía por una Francia donde todavía parecía posible trabajar, enseñar, creer o servir sin reducir toda actividad al beneficio económico. Péguy no idealiza la pobreza ni exalta la carencia material; su nostalgia se dirige hacia un mundo donde el dinero aún no había ocupado el lugar supremo y donde subsistían formas de honor, oficio y gratuidad.

Aquí destaca la aguda lectura de Azorín en *Con permiso de los cervantistas*, donde establece una afinidad espiritual entre Péguy y Cervantes[8]. Ambos habrían conocido la pobreza sin convertirla ni en resentimiento ni en ideología. Para Azorín, Péguy y Cervantes «son pueblo»: no porque representen sociológicamente a las clases populares, sino porque conservan una relación inmediata con las cosas esenciales —el trabajo, la familia, el sufrimiento, el honor y la vida ordinaria— sin quedar absorbidos por el cálculo ni por el ascenso social.

También por ello Azorín encuentra una afinidad estilística entre ambos: una prosa sencilla y natural que rehúye el artificio porque permanece vinculada a la experiencia de lo popular. En ambos casos, el estilo expresa una posición espiritual respecto a su comunidad de origen.

La pobreza que aparece en Péguy posee así un sentido cercano a la tradición ascética más que a una doctrina económica: no consiste en exaltar la escasez, sino en preservar una libertad interior frente al dinero. Para Péguy, el verdadero problema no es la riqueza, sino permitir que el dinero se convierta en medida del valor humano.

---

[8] Azorín, *Con permiso de los cervantistas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, p. 32.

En este sentido, *El dinero* prolonga una preocupación ya presente en los ensayos de 1907 sobre el «partido intelectual»[9]. Allí Péguy denunciaba el riesgo de que intelectuales, escritores y universitarios abandonaran la búsqueda de la verdad para someterse a la gloria temporal y al prestigio. En *El dinero*, ese diagnóstico se amplía: la lógica económica deja de amenazar solo a los intelectuales y se convierte en principio organizador de toda la civilización moderna.

La crítica de Péguy adquiere así un alcance más profundo que una denuncia económica o social. Lo que está en juego es una transformación interior de la relación del hombre con el tiempo, el trabajo, el honor y el sentido mismo de la existencia.

CUANDO LOS HOMBRES DEJARON DE CANTAR...

Como ya hemos dicho, las páginas más memorables de *El dinero* poseen el tono de una larga elegía. Péguy evoca una Francia popular donde «todos cantaban», incluso en medio de salarios miserables y condiciones materiales duras. Según Péguy, en la Francia antigua, lo fundamental no era la abundancia económica, sino la ausencia de aquella «terrible estrangulación económica» que, según él, caracteriza al mundo moderno: una presión constante, racionalizada e impersonal que convierte toda la existencia en cálculo de escenarios y termina colonizando incluso la conciencia moral. En la Francia antigua, la pobreza podía ser severa, pero aún dejaba espacio para la dignidad, la vida familiar, la transmisión generacional y una cierta serenidad interior.

Por ello, el antiguo mundo del trabajo aparece en Péguy bajo una luz casi sacramental. El trabajador no se define únicamente por su

[9] Charles Péguy, «De la situation faite au parti intellectuel dans le monde moderne» en *Cahiers de la Quinzaine*, Cuaderno 5 de la Serie 8, 1907; y «De la situation faite au parti intellectuel dans le monde moderne devant les accidents de la gloire temporelle», en *Cahiers de la Quinzaine*, Cuaderno 1 de la Serie 9, 1907.

función productiva, sino por una relación espiritual con el oficio. «Trabajar era su misma alegría»: el trabajo podía experimentarse como vocación, honor y participación concreta en una comunidad histórica. Existía todavía —afirma con anhelo— un «honor increíble al trabajo», acaso «el más cristiano de todos los honores».

Esta intuición encuentra un eco en un pasaje especialmente profundo de *El misterio de la caridad de Juana de Arco*. Allí, por boca de Jeannette, Péguy imagina a las generaciones anteriores a Cristo trabajando silenciosamente: sembrando, amasando el pan, cultivando la viña y cuidando los rebaños sin saber que preparaban una historia destinada a ser transfigurada. El trigo aún no era Eucaristía y el vino seguía siendo vino de la tierra; sin embargo, aquellas labores ordinarias ya contenían una espera silenciosa[10]. El trabajo humano posee así una dignidad que precede incluso a su explicitación religiosa: una fidelidad histórica que coopera humildemente con un sentido que supera al trabajador mismo.

Desde aquí se comprende una de las paradojas más provocadoras de *El dinero*. Según Péguy, un libre pensador de otro tiempo podía ser, en cierto sentido, «más cristiano» que muchos devotos del mundo moderno. No por poseer una fe más plena, sino porque conservaba todavía el sentido del honor, del sacrificio, del oficio bien hecho y de la pertenencia a algo que lo trascendía. El verdadero adversario de Péguy no es una clase social concreta, sino el «ser burgués» entendido como disposición espiritual: aquella forma de vida que subordina todos los bienes superiores a la especulación, la seguridad y el interés. Por esta razón, lo que Péguy lamenta es la desaparición de una mística del trabajo y de una forma de humanidad capaz de reconocer, incluso en el pan cotidiano, la posibilidad de algo que excede toda utilidad.

En la *Nota sobre Descartes*, Péguy lleva hasta sus últimas consecuencias este diagnóstico de *El dinero*. Allí sostiene que el

[10] Charles Péguy, *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid, 2008, p. 90.

conflicto decisivo de la modernidad ya no enfrenta simplemente distintas formas de vida moral, sino al dinero contra todas las formas de espiritualidad:

> La lucha no es entre el héroe y el justo, no es entre el sabio y el santo. Es entre el dinero, solo de una parte, y, por otra parte, juntos, el héroe, el justo, el sabio y el santo. Es entre el dinero y todas las espiritualidades[11].

Esta afirmación desplaza el problema fuera del plano de lo económico: el dinero deja de ser un instrumento y aparece como una fuerza espiritual rival, capaz de ocupar el lugar antes reservado al heroísmo, a la verdad, a la santidad y a la justicia.

Todavía más radical es la advertencia que sigue inmediatamente después:

> Todo lo que se pierda por la filosofía no será ganado por la teología, sino que será recuperado por el dinero. Todo lo que se pierda por el sabio no será ganado por el mártir y el santo, sino que será recuperado por el dinero[12].

Aquí se encuentra una de las mociones más profundas de Péguy: la secularización moderna no produce neutralidad. Cuando desaparecen las formas espirituales que ordenan la existencia humana, el vacío no permanece vacío; es ocupado por una racionalidad económica que termina reorganizando silenciosamente toda la experiencia humana.

LA ESPERA DE LA GRACIA EN EL PÓRTICO DEL DERRUMBE...

En conclusión, *El dinero* y *El dinero (continuación)* aparecen como un lamento por un mundo que se desvanece. Más que

---

[11] Charles Péguy, *Notas sobre Bergson y Descartes*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2026, p. 291.

[12] Ib., pp. 291-292.

una reflexión económica o sociológica en sentido estricto, estos ensayos constituyen una auténtica crítica civilizatoria dirigida contra el progresivo vaciamiento espiritual de Francia y, en un sentido más amplio, del mundo moderno.

Péguy contrapone dos épocas: por un lado, la de una pobreza digna, austera y moralmente fecunda —la antigua Francia de los maestros, artesanos, campesinos y pequeños propietarios—; por otro, una nueva sociedad dominada por el utilitarismo, la especulación, la burocratización creciente de la vida y el prestigio absoluto del dinero como principio ordenador de todas las relaciones humanas. El verdadero drama, para Péguy, no reside simplemente en la existencia de desigualdades materiales ni en la concentración de la riqueza, sino en una mutación mucho más profunda: la transformación interior del hombre moderno, cuya relación con el trabajo, el tiempo, el honor, el sacrificio y la vocación habría sido radicalmente alterada por el ascenso de una lógica economicista que tiende a absorber todos los ámbitos de la existencia.

Sin embargo, precisamente en este diagnóstico aparentemente desesperado emerge una de las intuiciones más originales y esperanzadoras del pensamiento de Péguy. En uno de los pasajes más bellos de *El dinero*, afirma que el mismo mundo moderno que parece haberse constituido como el sistema más opuesto a las reglas tradicionales de la salvación contiene, al mismo tiempo y de manera involuntaria, nuevas condiciones espirituales para ella. Allí donde el antiguo ascetismo debía buscar deliberadamente disciplinas, renuncias y ejercicios para aprender el desprendimiento, el reino del dinero habría terminado por imponerlas estructuralmente. El estrechamiento económico, la incertidumbre permanente, la presión material y la pérdida de seguridades, según Péguy, obligan al hombre moderno a habitar formas de existencia que recuerdan, paradójicamente, ciertas exigencias clásicas de la vida espiritual.

Péguy observa con ironía que nunca un mundo se había rebelado tanto contra las reglas voluntarias de la salvación —la pobreza

elegida, la confianza, la renuncia, el abandono providencial— y, al mismo tiempo, nunca había sido colocado tan estrechamente dentro de esas mismas reglas bajo una forma involuntaria. Lo que antes era ejercicio ascético libremente asumido aparece ahora como condición objetiva de la existencia moderna. Bajo el reino del dinero, dice Péguy, el hombre contemporáneo ya no está llamado únicamente a la virtud cristiana de la pobreza, sino incluso a una especie de «sobrevirtud de la miseria»: una experiencia histórica en la que la fragilidad material, la inseguridad y la precariedad obligan a vivir con menos certezas y con menor control sobre el porvenir.

Pero esta observación no debe entenderse como una exaltación romántica de la miseria ni como una legitimación espiritual del sufrimiento humano. Lo que interesa a Péguy es señalar que el mundo moderno produce involuntariamente las condiciones para una recuperación de virtudes que había declarado obsoletas. La reducción progresiva del horizonte económico obliga nuevamente al hombre a confrontarse con las preguntas últimas: qué merece realmente ser esperado, qué permanece cuando desaparecen las seguridades materiales y qué significa vivir cuando el futuro ya no puede ser completamente administrado.

Por ello, *El dinero* ocupa un lugar central dentro de la obra de Péguy, pues condensa buena parte de sus grandes obsesiones intelectuales: la oposición entre mística y política, la degradación espiritual de Francia, la pérdida de la esperanza y la corrupción interior producida por el predominio del cálculo sobre la fidelidad. Pero este ensayo añade una visión aún más profunda: incluso en medio de esta decadencia podrían estar gestándose nuevas posibilidades de redención. El mundo moderno aparece, así, simultáneamente como enfermedad y ocasión espiritual.

Esta tensión permite comprender mejor el clima moral y político de la Francia de comienzos del siglo XX: una Francia marcada por las heridas todavía abiertas del caso Dreyfus, por las tensiones entre catolicismo y republicanismo, por la secularización

acelerada de la vida pública, por el ascenso de la *Action Française* y por una creciente sensación de agotamiento espiritual en vísperas de la Primera Guerra Mundial.

Leído retrospectivamente, El dinero adquiere además un tono profético. Péguy escribe en un momento en que las tensiones de la Europa anterior a 1914 comenzaban a adquirir una gravedad difícil de ignorar, aunque todavía no fuera posible anticipar con claridad la magnitud de la catástrofe que estaba por producirse. Esa inquietud histórica parece atravesar silenciosamente el ensayo y confiere a muchas de sus páginas una densidad particular. Apenas dieciocho meses después de la publicación de este *Cahier*, el 5 de septiembre de 1914, Péguy morirá en combate durante la batalla del Marne. Con él desaparecería también una parte importante de aquella generación intelectual, política y moral cuya memoria atraviesa estas páginas. Muchos de los nombres, instituciones y esperanzas que todavía aparecen vivos en *El dinero* quedarían sepultados bajo el trauma de la Gran Guerra, que transformaría irreversiblemente el rostro espiritual de Francia.

En este contexto, resultan especialmente conmovedoras las últimas palabras de este diagnóstico espiritual: mientras el tiempo de paz había impuesto la dura disciplina económica de la pobreza involuntaria, el tiempo que comenzaba exigiría además la virtud suprema de los tiempos de guerra: la ignorancia del mañana. En el fondo, Péguy entrevé ya que el hombre moderno está siendo despojado de todas sus seguridades y obligado nuevamente a aprender aquello que la civilización burguesa había olvidado: vivir sin garantías, esperar sin cálculo el acontecimiento de la gracia y permanecer fiel incluso cuando el futuro deja de estar asegurado.

Por último, *El dinero* no constituye únicamente un testimonio privilegiado de la Francia republicana anterior a 1914, sino uno de los grandes documentos sobre la conciencia de una civilización en el umbral de su derrumbe.

NOTA DEL TRADUCTOR

La presente traducción ha sido realizada directamente del francés a partir de los textos originales publicados en los *Cahiers de la Quinzaine*[13], tomando como apoyo crítico y contraste las ediciones incorporadas en las *Œuvres en prose 1909-1914*[14]. Se trata, hasta donde hemos podido verificar, de la tercera traducción de *El dinero* al español, pero es la primera edición que ofrece los textos íntegros de *El dinero* y *El dinero (continuación)* sin omisiones.

La primera traducción —parcial y limitada únicamente a *El dinero*— fue realizada por Isolina Ramírez y publicada en Buenos Aires por L'Amitié en 1959; hoy constituye una edición prácticamente inencontrable. La segunda traducción, acompañada de comentarios y aparato didáctico, fue preparada por José Vila Selma y publicada por Ediciones Narcea (Madrid) en 1973. Sin embargo, el propio traductor señala haber omitido diversos pasajes del texto original debido al carácter reiterativo del estilo de Péguy[15].

La intención de la presente edición no ha sido únicamente poner nuevamente en circulación esta obra, sino ofrecer una traducción íntegra, filológicamente cuidada y estilísticamente actualizada, capaz de restituir al lector hispanohablante contemporáneo el ritmo, la densidad argumentativa y el tono meditativo propios de la escritura de Péguy. En este sentido, se ha procurado conservar tanto la arquitectura intelectual como la singular respiración

---

[13] Charles Péguy, «L'argent» en *Cahiers de la Quinzaine*, Cuaderno 6 de la Serie 14, 1913; «Langlois tel qu'on le parle», Cuaderno 6 de la Serie 14, pp. 68-94; «L'argent (suite)», Cuaderno 8 de la Serie 14, 1913.

[14] Charles Péguy, «L'argent» en *Œuvres en prose* 1909-1914, Bibliothèque de la Pléiade, París, 1959, pp. 1043-1106; «L'argent (suite)», pp. 1107-1255.

[15] Charles Péguy, *El dinero*, Ediciones Narcea, Madrid, 1973, p. 48.

retórica del autor, evitando simplificaciones o abreviaciones que alteren el movimiento interno de su pensamiento.

Todas las notas al pie incluidas en esta edición son originales del traductor y han sido elaboradas con fines filológicos, históricos e interpretativos, buscando ofrecer claves de lectura que faciliten la comprensión del contexto intelectual, político y espiritual en el que estos textos fueron concebidos, sin interferir con la autonomía del original peguyano.

José Miguel Ángeles de León

EL DINERO

El dinero. — El autor de este cuaderno —del cuaderno que sigue, del cuaderno cuyo prólogo no es este sino apenas su preludio[1]— es el hombre a quien más debo. Yo era un niño de ocho años, perdido en una excelente escuela primaria, cuando el señor Naudy[2] fue nombrado director de la Escuela Normal de Loiret.

Nada hay tan misterioso como esos preparativos sutiles que aguardan al hombre en el umbral de toda vida. Todo queda decidido antes de que cumplamos doce años. Veinte o treinta años de trabajo arduo, una vida entera de esfuerzo, no bastarán para hacer o deshacer lo que fue hecho o deshecho, de una vez para siempre, antes de nosotros, sin nosotros, para nosotros y también contra nosotros.

Era el tiempo de las «*folies* escolares». Los reaccionarios llamaban «*folies* escolares», en esa época, a construcciones muy modestas, de ladrillo o de piedra labrada, donde se enseñaba a leer a los niños[3]. Estas «*folies* escolares» eran emprendidas por el Estado,

---

[1] «El dinero» (Cuaderno 6 de la Serie 14, 1913 de los *Cahiers de la Quinzaine*) sirve como la introducción a «Depuis 1880: L'enseignement primaire et ce qu'il devrait être» de Théophile Naudy (Cuaderno 7 de la Serie 14, 1913).

[2] Théophile Naudy (1847-1928) fue un pedagogo francés vinculado al desarrollo de la escuela republicana durante la Tercera República. Fue director de la Escuela Normal de Orleans entre 1881 y 1894, donde coincidió con Péguy, participó activamente en la formación de maestros en el contexto de las reformas educativas impulsadas por las leyes de Jules Ferry, que establecieron la gratuidad, laicidad y obligatoriedad de la enseñanza primaria. Autor de manuales pedagógicos dirigidos a alumnos-maestros, defendió una educación centrada en la formación integral del docente, combinando disciplina y atención a la experiencia concreta del aula.

[3] Una *folie* es una casa de recreo construida en las periferias de las ciudades. Inicialmente aisladas en el campo, las *folies* fueron posteriormente alcanzadas por las ciudades. Precedieron a las residencias de fin de semana de la burguesía y a las villas de vacaciones. El término finalmente se convirtió en un nombre para denominar a pequeñas construcciones edificadas en las afueras de

por los departamentos, por los municipios; y algunas veces por un benefactor generoso. Generalmente eran casas muy limpias, que en todo caso valían mucho más para los niños que el barro del arroyo. Y que el arroyo de la calle. Hay que reconocer que, en ese tiempo, ellas (esas «*folies* escolares») en efecto tenían un aire un tanto insolente. No porque fueran suntuosas. Decían en los periódicos que eran suntuosas. Simplemente eran limpias; y decentes. Eran insolentes porque eran demasiado visibles. Habían aparecido por todas partes al mismo tiempo. Y tal vez un poco demasiado rápido. Las habían puesto todas al mismo tiempo. Y aquellas que se veían, se veían demasiado. Eran demasiado blancas, demasiado rojas, demasiado nuevas. Han pasado cuarenta años sobre esos rincones de la tierra. Un simple viaje a Orleans te convencería fácilmente de que hoy todos esos edificios escolares son como nosotros: no son demasiado visibles.

¿Qué coincidencia hizo que fuera en el viejo barrio, a tres o cuatrocientos metros de la casa de mi madre, quizás a menos, porque tenía las piernas cortas, que acababan de terminar este palacio escolar que entonces era la Escuela Normal de los maestros del Loiret? A los siete años me inscribieron en la escuela. No estaba cerca de salir de allí. Pero, al fin y al cabo, no era del todo mi culpa. Y las consecuencias, tampoco fueron probablemente completamente culpa mía.

Me inscribieron en la Escuela Normal[4]. No fue la única vez. Esa vez significaba que me hicieron entrar en esa bonita escuela anexa que se encontraba en un rincón del primer patio de la Escuela Normal, a la derecha al entrar, como una especie de nido rectangular, administrativo, solemne y acogedor. Esta pequeña escuela anexa tenía naturalmente un director propio, que debía evitarse confundir con el director de la Escuela Normal misma.

---

las ciudades con fines recreativos. Al parecer, *folie* viene de una alteración de la palabra *feuillie* o *feuillée*: un refugio construido con ramas y hojas.

[4] En 1879, Péguy ingresó a la primaria anexa a la Normal de Loiret. Después, a partir de 1894, estudió en la École Normale Supérieure en París.

Mi director fue el señor Fautras. Todavía lo veo desde aquí. Era un gran gobernante. Había sido prisionero en Alemania durante la guerra. Había vuelto de lejos. Esto le confería un lustre severo, una grandeza de la que ya no tenemos idea. Fue en esta misma escuela donde encontré algunos años más tarde al verdadero maestro de todos mis comienzos, el más dulce, el más paciente, el más noble, el más cortés, el más amado, el señor Tonnelat.

Si vivimos lo suficiente para llegar a la edad de las confesiones, si tantos proyectos iniciados por todos nos dejan el espacio para escribir un mundo que hemos conocido, intentaré representar un poco lo que era, alrededor de 1880, ese admirable mundo de la enseñanza primaria. Más generalmente, intentaré representar lo que era entonces todo este admirable mundo obrero y campesino, digámoslo de una vez, todo este pueblo admirable.

Era rigurosamente la antigua Francia y el pueblo de la antigua Francia. Era un mundo al que se le aplicaba este hermoso nombre, esta hermosa palabra de «pueblo», recibiendo su plena, su antigua aplicación. Hoy en día, cuando se dice «el pueblo», se hace literatura, y además de la más baja, literatura electoral, política, parlamentaria. Ya no hay pueblo. Todo el mundo es burgués. Puesto que todo el mundo lee el periódico. Lo poco que quedaba de la antigua, o, mejor dicho, de las antiguas aristocracias se ha convertido en una baja burguesía. La antigua aristocracia se ha convertido como las otras en una burguesía de dinero. La antigua burguesía se ha convertido en una baja burguesía, una burguesía de dinero. En cuanto a los obreros, ya no tienen más idea que la de convertirse en burgueses. Eso es incluso lo que llaman «convertirse en socialistas». Apenas quedan los campesinos que siguen siendo profundamente campesinos.

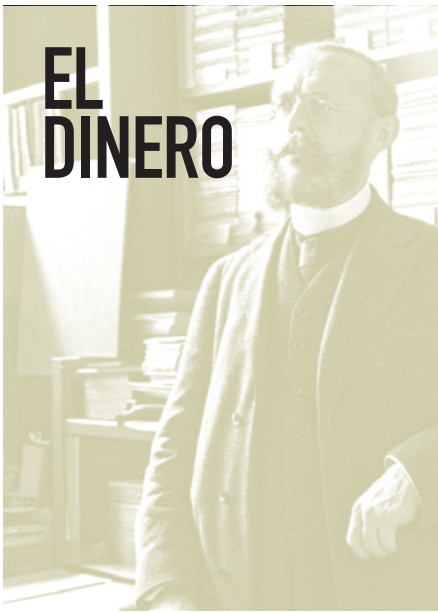
Fuimos criados en un mundo completamente diferente. Se puede decir, en el sentido más riguroso de los términos, que un niño criado en una ciudad como Orleans entre 1873 y 1880 ha tocado literalmente la antigua Francia, el pueblo antiguo, «el pueblo», así, sin más, que ha participado literalmente de la antigua Francia, del pueblo. Se

Péguy

El dinero es una de las reflexiones más profundas, apasionadas y proféticas sobre la crisis espiritual del mundo moderno. Publicado en 1913 en los *Cahiers de la Quinzaine*, este texto va mucho más allá del ensayo económico o pedagógico: es una elegía por el honor del trabajo bien hecho y un diagnóstico implacable sobre cómo la racionalidad del dinero y el utilitarismo han desplazado las vocaciones, subordinando la política, la educación, la cultura y la fe al cálculo del interés terrenal.

Con una prosa incisiva y deliberadamente meditativa, Charles Péguy contrapone la dignidad de la antigua Francia —encarnada en artesanos, campesinos y maestros que trabajaban y cantaban por amor al oficio— al advenimiento del burgués moderno y del «partido intelectual» de la Sorbona.

Esta edición constituye un hito editorial: se trata de la primera vez que se ofrecen en español, de forma íntegra y sin omisiones ni simplificaciones, los textos completos de *El dinero* y *El dinero (continuación)* —incluyendo la polémica réplica «Langlois tal como se le habla»—. Una traducción directa de los originales franceses que restituye fielmente el ritmo retórico, la densidad argumentativa y la inconfundible respiración literaria de una de las voces más atrevidas y vigentes de la literatura europea del siglo XX.



UCV

Cátedra de
Estudios Culturales
Charles Péguy

Depósito Legal: M-24338-2026

ISBN: 978-84-1339-305-6

9 788413 393056